

## NECROLOGIAS

ANDREJULIO R. AYBAR  
(1873-1965)

En su residencia de la culta capital de Francia pasó a mejor vida el 25 de abril de 1965, nuestro distinguido compatriota don Andrejulio R. Aybar, Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia desde el 16 de julio de 1936, fecha en que fue recibido en el seno de esta institución mediante la lectura de su discurso acerca del **Concepto de la Historia**. Ocupó el Sillón Letra **L** que había sido destinado para ser cubierto por el doctor Pedro Henríquez Ureña, quien se había trasladado a la República Argentina, después de haber renunciado el alto cargo de Superintendente General de Enseñanza, y había sido promovido a la categoría de Académico Supernumerario. Cuando se produjo la elección del señor Aybar, fue señalado para el Sillón Letra **D**, vacante por el fallecimiento del Lic. don Emilio Prud'Homme, pero luego, "tomando en consideración las afinidades ideológicas que existen entre él y el Dr. Pedro Henríquez Ureña, en cuanto a los estudios filológicos e históricos de la Literatura francesa y de la literatura española", como señalan los académicos proponentes Henríquez, Tejera y Mejía, se hizo el cambio indicado.

Don Andrés Julio R. Aybar nació en esta ciudad el 28 de septiembre de 1873, siendo hijo de los esposos don Andrés María Aybar y doña María Mercedes Delgado, pertenecientes a antiguas y distinguidas familias capitaleñas. Hizo sus estudios en la Escuela Normal de esta ciudad que fundó y dirigió el maestro don Eugenio María de Hostos, en la que se recibió en 1890 de Maestro Normalista y en la cual entró luego como profesor, teniendo las asignaturas de Derecho, Moral y Sociología, llegando a ocupar interinamente en 1902 la dirección del acreditado centro educacional. En 1901 viajó a los Estados Unidos y a Europa como secretario de la misión financiera que presidió el doctor Henríquez y Carvajal, y desde 1903, permaneció en Francia, hasta 1930 en que regresó al país y volvió a ejercer el ma-



gisterio. Seis años más tarde retornó a París en donde vivió hasta el término de sus días. Se distinguió como poeta y como músico de sólida cultura; versificó tanto en su lengua nativa como en la francesa y recogió en volúmenes su escogida producción. Trabajó en varias casas editoras e hizo vida literaria. Como había fijado su residencia fuera del país, en 1943 pasó a la categoría de Académico Supernumerario, investidura que conservó hasta su muerte.

Su bibliografía es la siguiente: **Epístola al Presidente Bordas**. París, 1913; **Propos d'amour et de dépit**. París, 1924; **Mis romances de ternura y de sangre**. S. D. 1935; **Epístola a Juan Pablo Duarte**. París, 1914; **Discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia**. S. D. 1936; así como traducciones, prólogos y otros escritos, en los cuales se evidencia la superior cultura de que estuvo dotado.

DOCTOR J. MARINO INCHAUSTEGUI  
(1908-1967)

El 24 de enero de 1967 falleció repentinamente en la ciudad de Nueva Orleans, Estados Unidos de América, donde se encontraba de paso para la capital de España, donde servía el importante cargo de jefe del Departamento de Estudios de la Oficina de Educación Iberoamericana, nuestro distinguido compatriota el historiador y diplomático doctor don Joaquín Marino Incháustegui Cabral, Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia.

Vió la primera luz en la ciudad de Baní el 22 de octubre de 1908, hijo de don Joaquín Santiago Incháustegui Andújar, periodista, autor de una estimable **Reseña Histórica de Baní**, y de su esposa la señora doña Marina Cabral viuda Incháustegui. Hizo sus estudios en las escuelas públicas de su ciudad natal y luego pasó a la Universidad de Santo Domingo, en la cual se recibió de Licenciado en Derecho el 11 de febrero de 1930; obtuvo el Doctorado en la Universidad de Loyola del Sur, en Nue.



va Orleans, en la cual fue luego catedrático de Lenguas Romances. Nombrado Correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia, a la muerte del Rev. Fray Cipriano de Utrera, fue seleccionado para el Sillón Letra M, que ocupaba el ilustre historiador franciscano, quedando incorporado como Miembro de Número. La Real Academia de la Historia, de Madrid, lo distinguió como Correspondiente. Sus principales obras son **La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores**. Gráfica Panamericana. México. 1953, tomo I (único publicado), que se contrae al Plan antillano de Cromwell, y consta de 655.CCXLVIII páginas, obra de tipo documental, así como los cinco tomos de **Reales Cédulas y Correspondencia de Gobernadores de Santo Domingo**, Madrid, 1958, cuya paginación corrida alcanza al número 1592, y su magnífico estudio relativo a **Francisco de Bobadilla**. Madrid, 1964, de unas 684 páginas.

Como diplomático sus servicios fueron dilatados, tanto en embajadas y legaciones como en diversos consulados generales. Ultimamente fue Consejero de la Embajada en Madrid y tuvo a su cargo nuestra representación diplomática. Ostentó la delegación dominicana en varios congresos internacionales y en 1958 presidió la que asistió al que se reunió en Sevilla con motivo del cuarto centenario de la muerte de Carlos V. Fue investigador laborioso y reunió una apreciable cantidad de copias documentales procedentes de los fondos de Sevilla y de Simancas.

Su inesperada desaparición, por muchos conceptos lamentable, constituye un infortunio para la historiografía nacional, que mucho esperaba de sus entusiasmos. Dejó una importante obra inédita acerca de los Gobernadores de la Isla. Sus papeles y libros se conservan, por previsora y altruista voluntad suya, en la Universidad Madre y Maestra, de Santiago de los Caballeros.

ING. EMILE DE BOYRIE MOYA  
(1903-1967)

El 30 de mayo de 1967 dejó la vida, después de sufrir paciente y resignado una larga y dolorosa enfermedad, el distin-



guido arqueólogo don Emile de Boyrie Moya, Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia, en cuyo seno ocupó el Sillón Letra B, desde el 10 de diciembre de 1957, ver-sando su notable discurso de ingreso acerca de **La posición cultural de Santo Domingo en la arqueología indo-antillana.**

Vió la primera luz en la villa de Sánchez, en la bahía de Samaná, el 25 de junio de 1903, siendo hijo del ciudadano francés Louis de Boyrie y de la dama dominicana doña Mercedes de Moya de Boyrie.

Con motivo de su sentido fallecimiento nuestro compañero el doctor Pedro Troncoso Sánchez, en nombre de la Academia, pronunció en el Cementerio Nacional el siguiente panegírico:

“La Academia Dominicana de la Historia está aquí para manifestar su dolor y rendir sus homenajes ante la ida sin retorno de uno de los suyos más ilustres y más queridos. También lo está para proclamar su orgullo porque una vida tan preclara como la de Emile de Boyrie Moya esté ligada a sus anales.

“El Académico de Número, ingeniero Emile de Boyrie Moya, lo digo ahora y lo he dicho desde hace años en el país y en el extranjero, es uno de los dominicanos más grandes de su tiempo. Es un personaje inolvidable cuya vida abnegada pide con urgencia un biógrafo que deje expuesto en detalle, para que en el porvenir no lo cubra el olvido, el ejemplo que personificó de consagración entusiasta a la ciencia, empinada por encima de la adversidad.

“Emile de Boyrie Moya fue un raro espécimen de heroísmo civil, un santo laico, que en los últimos seis años de su existencia sobrepuso su espíritu a la implacable enfermedad del cuerpo y continuó trabajando en el servicio de la ciencia con un fervor inextinguible.

“Creador del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo, impuso y acreditó la participación dominicana en los trabajos de investigación que realizaban en nuestro país estudiosos venidos de grandes centros científicos. Antes de Boyrie, los dominicanos



apenas nos enterábamos de que venían a nosotros científicos de otras partes a investigar nuestra naturaleza y nuestra arqueología. Venían sin contar con una cooperación dominicana como cuando un naturalista estudia una piedra o una flor que no se cuida de consultar la opinión de la piedra ni de la flor. Después que Boyrie creó de la nada el Instituto y lo dotó con su personal esfuerzo del instrumental necesario, nació a la vida un campo dominicano de investigaciones científicas que nunca antes había existido y con el cual contaron en lo adelante los hombres de ciencia de allende el mar para su trabajo en el progreso de los conocimientos humanos. Así lo proclaman bien alto las obras arqueológicas, antropológicas, e históricas de Herrera Frivot, de Cruxent, de Goggins y de Rouse.

“Yo fui testigo de cómo Emile de Boyrie Moya no se detenía ante el sacrificio pecuniario, ni ante la extensión y la intensidad de los esfuerzos, para cooperar con sus ilustres colegas de otras partes en el descubrimiento y examen metódico de nuestros acervos arqueológicos. Yo fui admirado testigo de cómo su capacidad científica, asociada con la del profesor Goggins, de la Universidad de La Florida, hizo convertir un simple agujero practicado en el patio del antiguo Convento Franciscano de esta ciudad, en una imponente superposición de siglos, en una estratigrafía reveladora de una cantidad de elementos de la vida dominicana de las centurias XVI, XVII y XVIII. Y todo ello con un indesmayable entusiasmo, una devoción a la ciencia, una desconcertante humildad y un amor a la Patria que no se detenía ante la falta de remuneración a su trabajo y de restitución de sus gastos personales.

“Ya en 1946 puso bien alto el nombre dominicano en el Congreso Arqueológico de Copán, en Honduras, como más tarde en el de San Antonio de Texas. Desde entonces su labor arqueológica fue vasta y fecunda, sin que su ritmo disminuyera durante su vía-crucis de seis años. Sus obras, al contrario, se suceden en un crescendo de estudio, de técnica investigativa y descriptiva y de enriquecimiento de su colección particular, y en un alarde impremeditado de belleza literaria. De Boyrie Moya unió armónicamente en su persona al hombre de ciencia y



al escritor de correcto y elegante estilo. En esta forma expuso el resultado de sus trabajos en libros como "El Monumento Megalítico de Chacuey" en sus monografías sobre la Cueva de los Paredones de La Caleta, y sobre la casa de Juan Ponce de León, en Boca de Yuma; en ensayos fascinantes como "Nuestros indios y el mar" en leyendas de la era precolombina; en su discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia; acerca de la posición cultural dominicana en la arqueología indoantillana; en su informe sobre las ruinas de la Punta Torrecilla, y en tantas otras producciones que dejó concluidas o sin terminar.

"Tan artista fue en su vida y en su obra; tanta espiritualidad y talento derrochó en el discurrir de sus días, que también ha dejado composiciones musicales y poemas en los cuales canta las bellezas de su tierra, especialmente de su amada bahía de Samaná, que quedarán como el halo romántico de sus logros científicos.

"El brillo de su ejemplo memorable y la perennidad de su contribución a la cultura dominicana dan la medida de la altura a que ahora asciende el alma, grata a Dios y amada de los hombres, del querido e inolvidable compañero de Academia Emile de Boyrie Moya".

El docto académico fue el iniciador, en las llamadas Cuevas de Santa Ana, de Santo Domingo, del Parque Zoológico. Dejó de las más ricas colecciones arqueológicas de las Antillas, y así mismo importantes trabajos inéditos. También fue admirable artista, pintor y músico.

DOCTOR ALCIDES GARCIA LLUBERES  
(1889-1967)

El doctor Alcides García Lluberres, nació en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán el 15 de abril de 1889, hijo del eminente historiador don José Gabriel García y de su segunda esposa doña Juana Lluberres y Contreras, pertenecientes a viejas familias dominicanas.



Hizo sus estudios en la antigua Escuela de Bachilleres, graduándose en 1907. El 24 de noviembre de 1919 se recibió de Licenciado en Medicina en la Universidad de Santo Domingo. Ejerció su profesión en consultorio particular y en los hospitales de esta ciudad como Médico Auxiliar en el Padre Billini y en el desaparecido Hospital Nacional.

Durante largos años ejerció el magisterio como profesor de varias asignaturas humanísticas en la Escuela Normal, en el Colegio Serafín de Asís y en el Instituto Rivas. Al crearse la biblioteca de la Universidad de Santo Domingo fue su primer director, cargo que sirvió durante varios años, iniciando los fundamentos de la que ha llegado a ser una de las mejores en su género en las Antillas.

Como periodista dirigió la revista **Claridad**, que fundó en 1921 en unión de Angel Rafael Lamarche, J. M. Troncoso Sánchez, Manuel Antonio Amiama, Rafael Américo Henríquez, Juan I. Jiménez Grullón, Arturo Despradel, M. A. Peña Batlle, Carlos Larrazábal Blanco y José Enrique Aybar, publicación de alta cultura y de la cual sólo aparecieron cuatro ediciones.

El doctor García Lluberés se destacó en nuestras letras como un erudito historiador, defensor gallardo del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, acerca de cuya obra dio a la estampa varios estudios y numerosas apuntaciones en folletos, diarios y revistas.

La producción del doctor García Lluberés es intensa, acuciosa, y constituye un rico acervo al cual es imprescindible **abreviar para estudiar y conocer bien nuestra Historia**. Sus estudios acerca de Duarte han servido para fijar en sus propias y definitivas proporciones la figura máxima del creador de nuestra nacionalidad. Nadie podrá jamás escribir una biografía de Duarte sin tomar en cuenta los variados trabajos del doctor García Lluberés. Escritor correcto y de buen gusto, en su abundante producción palpita un acendrado amor a la Patria. También se dedicó a los estudios filológicos.



La mayor parte de su producción se encuentra dispersa en el **Listín Diario**, **La Opinión**, **El Caribe** y en otros periódicos nacionales de distintas épocas. En folletos se cuentan los siguientes: **BANI** (1944), **EL GENERAL GASPAR POLANCO** (1952), **EL POETA MIGUEL ANGEL ALCALA** (1953); **NUESTROS PRIMEROS ESCRITORES** (1954) y **DUARTE Y LAS BELLAS LETRAS** (1954).

En su juventud militó en la política y fue de los fundadores en 1912 del Partido Liberal Reformista, cuyas bases primordiales consistían en defender la integridad de nuestra Soberanía y “educar, ante todo, al país en las buenas prácticas democráticas y científicas”. Durante los años de la pasada dictadura se mantuvo completamente alejado del estadio público y por el sólo hecho de que la Academia de la Historia fue creación gubernamental, declinó formar parte de ella. No obstante, siempre le prestó su ayuda y fue colaborador asiduo de la revista que le sirve de órgano. Conservó con amor y aumentó considerablemente el archivo que reunió su ilustre progenitor, labor en la cual recibió el auxilio de sus desaparecidos hermanos Leonidas y Porfirio, también devotos de Clío. Falleció el honrado escritor y ciudadano en la mañana del 18 de septiembre de 1967, en una clínica de esta ciudad. Con tal motivo, al iniciarse al día siguiente la sesión ordinaria de la Cámara de Diputados, esta rama del Poder Legislativo del Estado le rindió el homenaje de un minuto de silencio, como tributo reverente al historiador y al ciudadano eximio.

Fruto de su vehemente nacionalismo fueron los artículos de carácter político que publicó desde 1961, particularmente en 1965. Su ejemplo cívico correspondió a su acendrada devoción cuartiana. Fue digno hijo del historiador nacional.

DR. MAX HENRIQUEZ UREÑA  
(1885-1968)

A consecuencia de una caída de la escalera de su casa, solariega de la ilustre autora de sus días, falleció en esta ciudad, el 23 de enero de 1968, el doctor Max Henríquez Ureña, escri..





tor, maestro y diplomático de extendido renombre, y uno de los miembros fundadores de la Academia Dominicana de la Historia, cuya oficial instalación le correspondió llevar a cabo como representante del Ejecutivo Nacional el 16 de agosto de 1931. Era entonces Superintendente General de Enseñanza.

Hijo del doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente que fue de la República, y de la educadora y poetisa doña Salomé Ureña de Henríquez, nació el 16 de noviembre de 1885 en esta ciudad. Inició sus estudios en el hogar de sus padres y luego pasó al Liceo Dominicano que dirigía el Señor Prud'homme, terminándolos en La Habana, en cuya Universidad se recibió en 1913 de Doctor en Derecho. Fundó las revistas **Cuba Literaria** y **Archipiélago**, en Santiago de Cuba, donde fue profesor de la Escuela Libre de Derecho y director de la Escuela Normal de Oriente; más tarde fue catedrático de humanidades en las Universidades de California, de Yale, de Puerto Rico y de Santo Domingo. Ejerció el periodismo en Cuba y en México, donde fue redactor de **La Gaceta** de Guadalajara. En La Habana fue miembro de la Academia Nacional de Arte y Letras y de los fundadores de la Sociedad de Conferencias, significándose como un fecundo animador de la cultura. Colaboró en las principales revistas de Hispanoamérica desde su inicio en las letras, tales como **El Cojo Ilustrado**, de Caracas, **Mes Literario**, de Coro, **Cuba Contemporánea** y **El Fígaro**, de La Habana, **Caras** y **Caretas**, de Buenos Aires, etc. Como poeta, su producción suele caracterizarse por un clasicismo de buen gusto que enmarca las más bellas y delicadas imágenes, como lo hizo notar un crítico norteamericano. En 1901 se inició con la publicación de algunas poesías de tipo modernista. A su sapiencia y erudición se debe la más completa obra relativa a esa escuela literaria, la cual publicó en México en 1954 bajo el título de **Breve historia del modernismo**.

Sus obras, que forman el pedestal de su fama, pasan de treinta entre libros y folletos. Entre ellas unas diez están consagradas a su patria. En efecto, **Los Estados Unidos y la Repú-**



**blica Dominicana.** Habana, 1919, que en 1929 reimprimió en Madrid bajo el título de **Los Yanquis en Santo Domingo**, constituye un capítulo de nuestra Historia; allí recoge la conferencia que dictó en el Ateneo de Madrid acerca del caso dominicano cuando recorrió en misión nacionalista, como heraldo del patriotismo, varios países de nuestra raza. Su **Panorama histórico de la literatura dominicana.** Río de Janeiro, 1945, es la más completa historia de nuestras letras; sus "Episodios Dominicanos", de los cuales llegó a publicar cuatro tomos, son dignos de la pluma de Galdós.

Sus actividades en la vida pública abarcan dos períodos; el primero como Secretario de la Presidencia de la República, en 1916, y luego en el servicio diplomático como representante de la República ante varios gobiernos de Europa y de América, así como ante la antigua Liga de Naciones y de las Naciones Unidas, durante unos veinte años. Antes, de 1930 a 1931, había tenido a su cargo la dirección de la instrucción pública como Superintendente General de Enseñanza, y de 1931 a 1933 las funciones de Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, habiendo realizado una labor muy estimable, como lo patentiza la **Memoria** de ese Ramo correspondiente a 1932, la cual constituye, al igual que la de 1908, del Lic. José María Cabral y Báez, una inestimable aportación al estudio de nuestra esperada Historia Diplomática. Fue un gran trabajador y su erudición y acuciosidad resalta en la factura magnífica de sus obras. Donó su archivo a su colega el Licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, imitando el ejemplo de su ilustre hermano Pedro, que hizo donación del suyo al mismo historiador dominicano.

LIC. VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ  
(1895-1968)

En la ciudad capitolina de Washington, D.F., Estados Unidos, donde vivía hace algunos años consagrado al profesorado en la Universidad de Columbia, pasó a mejor vida el día 30 de abril del año en curso el licenciado don Virgilio Díaz Ordoñez,



quien ocupaba el Sillón Letra "A" como Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia el 30 de mayo de 1953, o sea desde el fallecimiento del doctor don Federico Henríquez y Carvajal, miembro numerario y fundador. Había nacido en San Pedro de Macorís el 5 de mayo de 1895, fruto del matrimonio de don Pablo Díaz y la señora doña Juana Ordóñez de Díaz.

Inició sus estudios en su ciudad natal y luego pasó a la Escuela Normal de esta Capital, graduándose de Bachiller en Ciencias y Letras en 1912. El 23 de julio de 1914 se recibió de Licenciado en Farmacia en el antiguo Instituto Profesional, y años más tarde, el 12 de abril de 1928, en la Universidad de Santo Domingo, obtuvo la Licenciatura en Derecho. Ese mismo año inició su carrera pública como Juez de Primera Instancia de Macorís, pasando luego al Tribunal de Tierras, en el cual desempeñó las plazas de Juez de jurisdicción original y de Magistrado del Tribunal Superior. Fue Consultor Jurídico del Poder Ejecutivo y Secretario de Estado de Justicia. En la función legislativa ocupó una banca en el Senado y otra en la Cámara de Diputados. En la rama ejecutiva, además de la ya mencionada cartera de Justicia, sirvió la de Relaciones Exteriores y la de Educación y Bellas Artes. Como diplomático fue Enviado Extraordinario, Ministro Plenipotenciario y Embajador acreditado ante los gobiernos de varios países de Europa y América, así como ante las Naciones Unidas y ante la Organización de Estados Americanos. Como delegado asistió a diversas conferencias internacionales, significándose en los cargos que desempeñó y en las misiones que tuvo a su cargo como un intelectual de acrisolada competencia. Presidió diversas asociaciones culturales, tales como el Ateneo Dominicano de esta ciudad y el de San Pedro de Macorís; la Academia Dominicana de la Lengua lo contó entre sus miembros numerarios y no pocas lo distinguieron con el diploma de Correspondiente o de Honorario. En la Universidad de Santo Domingo fue profesor en la Facultad de Filosofía, Decano de la misma y por dos períodos distintos ocupó idóneamente el cargo de Rector.



Su seudónimo, un anagrama de su nombre: **Ligio Vizardi**, es el más conocido en la literatura nacional. Dotado de amplia y sólida cultura y de una dicción admirable, era un gran conversador que sobresalía en las reuniones, subyugando la atención de los contertulios por la agudeza de su talento. Como poeta fino y elegante alcanzó altos premios y su selecta producción le dio puesto de honor entre los mejores poetas del Parnaso nacional contemporáneo. **Los nocturnos del olvido** (1925), **La sombra iluminada** (1929), **Figuras de Barro** (1929), **Doña María de Toledo** (1935) y **Poemario** (1947), poesías; **Archipiélago** (1947), novela; y **El más antiguo y grave problema antillano** (1938), cuestión dominico-haitiana, recogen la mayor parte de su obra, sólido pedestal de su fama.

